

096. Las aventuras de los Jueces

Pocos libros de la Biblia tan entretenidos como el de los Jueces. ¡Hay que ver cómo gozábamos de niños con las aventuras de aquellos héroes de Israel! ¡Y qué lecciones que encierran!... ¿Quiénes eran los Jueces?

Israel había tomado posesión de la tierra prometida, pero se veía acosado continuamente por los pueblos vecinos: cananeos, madianitas, filisteos... En aquellas luchas tribales, surgían jefes y caudillos que infligían serias derrotas a los enemigos del pueblo. Estas luchas duraron unos ciento setenta años, desde la muerte de Josué hasta que Israel tuvo su primer rey con Saúl.

La causa de estas guerras con los pueblos vecinos, era siempre la misma: Israel era infiel a la Alianza, adoraba otros dioses, no cumplía la Ley, y venía el castigo. El pueblo clamaba a Dios, y Dios, compadecido, suscitaba un caudillo que traía la victoria al pueblo arrepentido. Y así, hasta la siguiente...

Vemos a los madianitas, que sujetan y esclavizan a los israelitas durante dieciocho años. Lloran el pueblo, y Dios suscita a **Eud**, un guerrillero muy divertido. Tiene que llevar al rey de Moab el tributo obligado, pero se esconde el puñal de dos filos bajo su manto, y se presenta a Eglón, que era sumamente gordo:

- *¡Oh rey! Tengo que comunicarte un secreto muy serio.*

El monarca ordena a sus criados: -*¡Todos fuera!*

Y Eud, cuando se ve solo ante su víctima inocentona: -*¡Oh rey! Te traigo un oráculo de Dios.*

Por respeto a Dios, Eglón se levanta, saca Eud su puñal con la mano izquierda, pues era zurdo, se lo clava al rey en el vientre, y allí se lo deja metido, dentro de aquel volumen de grasa. Se escapa por la ventana, cierra las puertas de la galería, y echa el cerrojo en el vestíbulo. Huye, y al llegar a su tierra, grita:

- *¡Tocad la trompeta! Israel, ¡a la guerra! ¡Dios nos entrega a Moab en las manos!...*

Paz en Israel. Pero, al cabo de años, otra vez con sus infidelidades a Dios. Y esta vez son los cananeos quienes oprimen al pueblo. **Débora**, una profetisa, ordena a Barac: -*Sal contra los cananeos, y da muerte a Sísara su rey.*

Y Barac: -*Lo haré, pero con la condición de que tú vengas conmigo.*

-*Bien, iré; pero todo Israel sabrá que la victoria se habrá debido a una mujer.*

Y así fue. Barac emprende la batalla, y Débora, con astucia, sorprende a Sísara, lo mata en su tienda, e invita a Barac a ver el cadáver: -*Entra, que te voy a enseñar al hombre que tú buscas...*

Gedeón es uno de los héroes más gloriosos. Los madianitas habían sometido duramente a los israelitas, que, para sobrevivir, se habían escondido en cuevas, cavernas y refugios en los montes. La situación era insostenible, y el pueblo clamaba a Dios: *¡Sálvanos!...* Dios oyó el gritar angustioso de su pueblo, y ordenó a Gedeón en una visión:

- *Gedeón, valiente guerrero: forma un ejército, y acaba con los madianitas.*

Ni tardo ni perezoso, el nuevo jefe monta un ejército de veintidós mil hombres. Pero le replica Dios:

- *Son demasiados. Si vencéis, todos dirán que ha sido por vuestra fuerza, y no por la ayuda de Dios. ¡Tienes que diezmar el ejército!*

Quedaban diez mil soldados, y de nuevo Dios: *-Son demasiados. Elimina a muchos más.*

Gedeón se espanta, pues los madianitas y los amalecitas formaban un ejército tan numeroso que parecían langostas. Pero Dios, inflexible: *-Te digo que son muchos. Licencia a la mayoría.*

Al fin no quedaban más que trescientos. Con ellos, al anochecer, se entabla astutamente la batalla, a base de gritos, trompeteo espantoso y teas encendidas. El ejército enemigo se desbarata, huye en medio de una confusión enorme, e Israel se queda con la victoria.

Las aventuras de **Sansón** contra los filisteos son las más legendarias, y de niños nos las sabíamos de memoria. Sansón se casó con una filisteo, cometiendo un verdadero disparate, pero allí estaba la providencia de Dios. Engañado siempre por su mujer, tenía ocasión y motivo para vengarse de los filisteos.

Una vez mata a treinta filisteos para apoderarse de sus vestidos y pagar lo que debía...

Otra, caza por los campos trescientas zorras, les ata teas encendidas en la cola, las suelta por los sembrados de los filisteos y les quema todas las cosechas...

Otra, agarra una quijada de asno, y con ella mata a mil filisteos... Gobierna a Israel durante veinte años, pero al fin, traicionado por su mujer Dalila, es entregado a los filisteos, y muere derribando el templo de Dagón, causando una matanza colectiva enorme.

Historias muy divertidas, ¿verdad? Son realmente entretenidas y curiosas, cargadas de detalles legendarios, aptas para mantener el ideal épico Israel, orgulloso de sus héroes.

Pero la Biblia nos los ha conservado como una lección sabia, que nunca pierde actualidad. Israel gozaba de paz mientras se mantenía fiel a su Dios. Apenas adoraba a otros dioses o descuidaba la observancia de la Ley, venía el castigo, la guerra, la desolación.

Dios, siempre bueno, se rendía ante el grito de su pueblo, que se refugiaba en la oración angustiada.

Nosotros hemos oído mil veces la expresión tan bella de la misma Biblia: *“La justicia y la paz se besan”* (Salmo 84,11). Si queremos paz en el mundo, Dios empieza por pedirnos fidelidad, seriedad con su Ley, cumplimiento estricto de nuestros deberes sociales, la justicia en todo el amplio y rico sentido de esta palabra. La paz y la justicia son un pacto entre Dios y nosotros. Cuando nos amenaza el ruido de las armas, nos acordamos de Dios. Y Dios —el Dios que nos ama— nos responderá siempre: *Yo haré lo mío. ¿Haréis vosotros lo vuestro?...*